

# Noches sin descanso

Maicol David Correa

## Capítulo 1

—Deudas, deudas, deudas por doquier. Quince días de trabajo continuo doblando la jornada y el sueldo no me alcanza siquiera para los pasajes de la próxima quincena. ¡Ah...! Estos zapatos ya están rotos... —decía mientras se quitaba los zapatos y acariciaba sus pies ampollados por la falta de medias. Apoyado en uno de sus brazos este hombre lloraba amargamente por la impotencia de saber que su destino ya no le pertenecía.

—No necesito comer tantas veces al día; si descanso bien, con dos comidas tendré energía suficiente para afrontar el trabajo. Aunque para eso tendría que dormir... Tres días llevo sin poder cerrar los ojos. ¡Maldita sea! El alquiler se vence dentro de 4 días. Quizás puedan darme un tiempo de espera, he sido un ejemplo de inquilino: saludo al portero todos los días, nunca hago ruidos ni fiestas —¡con qué tiempo, con qué dinero podría hacer yo una fiesta!—; sin embargo, he sido un inquilino modelo: hasta he ayudado a esa pobre anciana del segundo piso a sacar la basura. Si me voy me extrañará la pobre.

Después de secarse las lágrimas, levantó la cabeza y con un movimiento muy lento comenzó una inspección por toda la habitación: cuatro paredes muy estrechas, despintadas, amarillentas, llenas de agujeros y humedad, ¡ese era su palacio!, que se ventilaba solo por una pequeña ventana. Además de la pobre condición del cuarto, estaba pobremente amoblado: una silla de madera y un escritorio que el más leve movimiento hubiera desarmado, donde estaba recostado nuestro héroe llorando, además de un colchón muy gastado en el piso y algunos harapos amontonados en una esquina del cuarto. «Cuando descanse debo organizar, esto parece la cueva de un animal», pensaba.

Sus piernas estaban adormecidas por el cansancio, pero, no sin trabajo, consiguió arrojarse al colchón. Nuevamente rompió en llanto mientras miraba el techo lleno de telarañas. «Olvidé apagar la luz», pensó. Las horas pasaban, el sol cada vez estaba más cerca de asomarse por el oriente, y a pesar de estar agotado no conseguía dormir. Su mente era una calculadora.

«Si ahorrara otros dos meses en ropa y consiguiera turnos extra podría pagar los

intereses y pedir una prórroga... Ya no queda nada que empeñar tampoco... ¡Maldita sea!... ¡Un maldito soy!».

«Un sólo error y he quedado reducido a un miserable. Era un buen negocio, tanto que no podía ser cierto. Debí haberlo visto. Mis amigos, ja, ja, ja, víboras a la espera de inyectar su veneno. Pequé, sí, el pecado de la confianza en el otro».

Con la mano buscó la cobija. «La dejé en el tendedero... Vaya memoria la mía».

Después sacó un pequeño reloj despertador y lo programó para sonar a las 4:00 a. m. «¿A qué estaría dispuesto para salir de esta pena que me azota? Ya más bajo no puedo caer, todas las consecuencias que vengan de mis actos sólo pueden llevar a un final mejor». Entre quejidos y reproches consiguió dormir nuevamente.

La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos. El transcurso del día en el desgastante trabajo fue lento, parecía eterno. ¿Acaso el reloj le jugaba una mala pasada a nuestro héroe? Sin embargo, nuevamente nos encontramos en el cuarto de nuestro protagonista.

—No siento los pies —se quejaba—. Debo dormir, así por lo menos puedo separarme un rato de esta tortura.

Acostado en su cama miraba al techo y decía:

—Alguna alternativa debe haber. Esta deuda no solo se lleva mi dinero, también me absorbe, se traga mis deseos, mi voluntad, mi tranquilidad, mis sueños. Todo está perdido, todo... yo estoy perdido... ¿Cuánto tiempo más? La muerte en este momento sería un acto de piedad. ¡Oh, Dios todopoderoso, ayúdame! ¡Oh, cruel fantasma de los infiernos, ayúdame!

## Capítulo 2

No se extrañen en saber que los ruegos de nuestro héroe no fueron escuchados por un todopoderoso ser, muy ocupado para escuchar plegarias y para los problemas de sus hijos. Esta noche los quejidos y reproches de nuestro querido miserable eran escuchados con atención y en silencio desde las sombras. Un hombre abandonado en el silencio de la soledad, le confía sus secretos a cualquier forastero.

Otro día agotador, otra vez doble jornada, otra vez el reloj caminaba sin ningún afán. No sabemos cuán cansado estaba nuestro héroe, desgastado por las extensas jornadas, la pobre comida y la falta de sueño, pero con toda diligencia cumplía su labor. Todo un héroe ¿no les parece? En casa, después de comer sin ganas un huevo frito con arroz, se disponía a descansar.

—A ese huevo ni siquiera pude echarle sal... ¿Terminará acaso este suplicio?

—se preguntaba mientras se disponía a apagar la luz del cuarto...

—Señor mío, en respuesta a sus peticiones y el gran dolor y pesar que me provoca escucharlas, he decidido proponerle un trato.

Se escuchó una voz, pero nuestro héroe estaba solo en su habitación.

—No lo puedo creer, ja, ja, ja, ya también estoy delirando. Pasé de ser un pobre miserable a un miserable loco— se arrojó a su cama a ver el techo repleto de telarañas.

—No descarto que pueda estar loco, señor mío, pero en este momento puedo asegurarle que no delira.

A menos que las paredes cobrarán vida y aprendieran a hablar, no había explicación para que una voz respondiera a los constantes quejidos de nuestro héroe. Este estaba totalmente confundido; quizás el cansancio lo hacía desvariar, o la prolongada y desesperante soledad en la que estaba sumergido, había provocado que algo en su mente creara una voz para conversar.

—Veo que está usted confundido. Tranquilo, no le haré daño. Por el contrario, vengo con la intención de convertirme en su benefactor.

—Eh... No entiendo a qué se refiere —respondió.

—Se lo explicaré. Tome asiento, relájese. Sus quejas han logrado penetrar en mí y causarme compasión. Un buen hombre, engañado por sus amigos, que lo ha perdido todo... Eso es algo que no puedo permitir. Así que he venido con la intención de proponerle un trato, a cambio le prometo que cuando vuelva a abrir los ojos, después de un largo y muy reparador sueño, todas sus penas se habrán ido y no serán más que un amargo recuerdo.

—¿Trato? Nuevamente un negocio, para mí no son más que augurios de perdición...

—Los hombres son curiosos y divertidos, desconfían de los solitarios. Sólo saben dar y recibir limosnas. Nunca piden lo que necesitan, y no dan si no logran ver la miseria ante ellos. Temen ser engañados por alguien sano que se pasa por enfermo, se dicen a sí mismos: «¿Esto es un robo? ¿Acaso está dando lo que le nace del corazón para ayudar al prójimo? ¿Será que quieren comprar su entrada a los cielos?». Me resultan muy curiosos, por eso los disfruto.

### Capítulo 3

—Mira... esas luces... ese parpadeo fugaz y borroso. ¿Permitirías que tan solo una de esas se apagase a cambio de saldar tus deudas? ¿Aceptarías? ¿Qué te importa? ¿Acaso las conoces? Probablemente nunca en tu vida las vuelvas a ver ni con el rabillo

del ojo. Mañana dormirás de manera tan apacible que pensarás que este trago tan amargo solo fue un sueño, uno desafortunado. ¿Qué respondes? Solo una luz... —con cada palabra aumentaba el tono de voz—. ¿Qué hicieron ellos por ti? Yo te diré: acelerar su paso para que no te cruzaras con ellos y después reírse de tu desgracia. «¡Oh, ahí va ese miserable!». ¿Qué respondes?

—No me engañas, serpiente, sé a lo que te refieres. ¿Cómo podría vivir yo con esto en mi conciencia? La pena me la he buscado yo... solo yo, pero quiero que acabe. ¿Qué me importan? Ellos no pensarían diferente. Quiero que acabe, quiero que acabe... —Sus palabras eran chillidos y gemidos, sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Eso. Ya lo entiendes. Ahora dime: ¿qué respondes? Te prometo que la luz que se extinga no será mi decisión. Puedes pensar que se lo dejaremos a la fortuna si te hace sentir mejor. Pero es evidente que son efectos causados por decisiones que desembocaron en problemas y ahora buscan una solución desesperada.

#### Capítulo 4

Vio con impresión cómo se apagaba la luz que correspondía a su casa.

—¿A cambio de qué?

—No seas ingenuo. Bien sabes qué me debes.

—Sí, lo sé. Igualmente, bien poco valía. Una noche no deja de ser noche sin una de sus estrellas... —dijo esto seguido de una larga carcajada—. Por fin he conseguido ganarme el descanso, el descanso eterno...